

Número 4.º

Mayo 31: 1905

REVISTA
DEL COLEGIO MAYOR
DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRESA ELÉCTRICA—168—CALLE 10
MCMV

CONTENIDO

DEL PRESENTE NUMERO

Lecturas sobre el arte de educar.....	R. M. CARRASQUILLA
Actos oficiales del Colegio.	
Ultimas poesías.....	RICARDO CARRASQUILLA
Las tragedias de Esquilo.....	FRANCISCO DE P. BARRERA
Tercer canto de guerra (de Tirteo)....	JOSÉ DE LA C. HERRERA
El escudo del Colegio.....	BERNARDO CAYCEDO
Apólogo	MARTÍN VARGAS
El sargento Franck.....	VÍCTOR VAN TRITCH
Elegía á la memoria de Cornelio Cres- po Toral.....	BELISARIO PEÑA
Centenario del Quijote.	
Notas editoriales.	
Crónica del Colegio.....	R. ESCOBAR ROA
Notas bibliográficas.	

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Lecturas sobre el arte de educar

dictadas en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario por Rafael María Carrasquilla, Colegial y Rector, Doctor en Teología, Catedrático de Didáctica en el citado Colegio.

PRELIMINARES

I

Los que saben que en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario hay una Facultad, donde, al cabo de siete años de penosos y concienzudos estudios, y mediante una serie de exámenes más rigurosos y serios que los de cualquier otra escuela profesional, se concede á unos pocos de nuestros colegiales, convictores y oficiales el grado de Doctor en Filosofía y Letras, equivalente al apetecido de *Magister Artium* de las Universidades inglesas y alemanas, piensan con aparente razón, que nos estamos permitiendo acá un lujo muy superior á nuestros recursos, y al estado incipiente de nuestra cultura, y á las necesidades más urgentes de la nación colombiana.

Razón tendrían, si el doctorado en artes tendiera, como en las naciones europeas, á formar hombres que retirados del tráfico de los negocios, tranquilos á la sombra de cuantiosas fortunas heredadas de los mayores, sólo se emplearan en el cultivo pacífico de las artes liberales y de las especulaciones filosóficas. Colombia, nación recién nacida—puesto que un siglo en la historia equivale á un año en la vida de un hombre,—sin caminos, sin industria, casi sin agricultura, acostumbrada á las revueltas civiles, necesita educación práctica, agrícola é industrial, que le permita desarrollar las escondidas riquezas de su suelo, bastarse á

sus necesidades, ponerse en comunicación fácil y pronta con los países europeos y americanos, sin renunciar á los adelantos intelectuales, que han solido ser consuelo á nuestros infortunios y nos han alcanzado estimación de naciones más civilizadas en lo material que la nuestra.

Para lograr tales propósitos es preciso formar las nuevas generaciones. Mas ¿cómo alcanzarlo si no empezamos por la creación de maestros hábiles para la tarea redentora? Nuestro doctorado no tiende á hacer eruditos, sino educadores de la juventud estudiosa. Sólo que el maestro ha de tener ciencia muy superior á la que intenta comunicar á sus alumnos; y el Griego, y el Latín, y la Metafísica, en sus más recónditos secretos, son condición indispensable en el maestro para enseñar las ciencias de inmediata práctica aplicación á las necesidades de la vida. El sol tiene luz y calor tan intensos que bastarían á fundir este planeta en que habitamos; pero á distancia, apenas basta á iluminar y calentar los astros que giran en derredor suyo.

Soléis encontrar claras y comprensibles las explicaciones que os hago sobre los problemas más arduos de la Filosofía. Si ello fuere cierto, atribuído á los estudios teológicos, que nunca os comunicaré, y á que consagro la mayor parte del tiempo que el cuidado de vuestra educación me deja libre.

Ya varios de los que os precedieron en esta aula están dedicados en la capital y en los Departamentos á la enseñanza de la juventud; y el modo como vienen preparados al Rosario los alumnos dirigidos por nuestros doctores, revela el fruto satisfactorio que estamos acá cosechando. Si algunos de vuestros condiscípulos han sido llamados por el Gobierno, de las faenas del magisterio á elevados puestos en lo administrativo y lo diplomático, eso demuestra que la educación clásica y filosófica, disciplinando la mente, acendrando el gusto y fortificando la voluntad, hacen al hombre capaz de toda clase de ocupaciones y de empleos.

Vamos, en esta hora, á conversar sobre el arte de educar, fin principal de vuestros estudios de Filosofía y Letras; arte que, del griego *διδάσκω*, enseñar, se conoce con el nombre de *Didáctica* en nuestros claustros.

Suelen apellidarla los tratadistas *Pedagogía*; pero esta palabra, derivada de *παῖς*, niño, debe aplicarse sólo á la educación primaria. *Didáctica* llaman otros la parte de esta ciencia que versa sobre el método de enseñanza; pero acá, siguiendo la etimología del vocablo, lo aplicamos á todo el arte educador.

Podríamos definir la *Didáctica arte de educar al hombre, perfeccionando, armónica y progresivamente, sus potencias físicas, intelectuales y morales, en orden á su último fin.*

La apellido *arte*, que es conjunto de reglas para alcanzar perfecta y ordenadamente un fin práctico, porque tiende no á la especulación, sino á lograr resultados en el orden real. Mas también podría llamarse *ciencia*, si se atiende, como lo veréis, á que buscaremos los supremos principios de los preceptos que damos. *Ciencia*, como en el aula de Lógica lo aprendisteis, es *conocimiento cierto de un sér por sus causas* (1).

Digo *arte de educar*. Este último vocablo viene del latín *e ducare*: sacar lo que está oculto ó escondido. Con sólo meditar en esta palabra, tenéis aprendida la mitad de la *Didáctica*, y la diferencia que media entre el sistema del Colegio del Rosario y de otros colegios y escuelas científicos y lo que se usó, y aún se acostumbra, entre maestros adocenados y empíricos.

Acá desenvolvemos, desarrollamos lo que está en germen, en flor—*en potencia*, dicen los filósofos—en el alma del niño ó del joven. Allá introducen conocimientos y prácticas en el educando. Nuestra tarea es semejante á la del que hila

(1) Así la Medicina es arte, en cuanto enseña las reglas de curar; ciencia, en cuanto explica la causa de la enfermedad y la acción del medicamento sobre el organismo.

la seda envuelta en el capullo ; la de los otros, á la de quien hinche un colchón de lana ó de plumas.

El vulgo suele ser inconscientemente sabio. Inventa palabras que representan elocuentísimamente las cosas, y no sabe lo que esas voces significan. El observador superficial sonríe al oír el disparate ; el filósofo medita en el buen sentido popular. He oído á rústicos campesinos decir á un maestro : “Aquí le traigo este niño para que lo *in-duque*.” De un preceptor adocinado no se puede exigir otra cosa. Vosotros, así lo espero, no iréis á *in ducare*, sino á *e ducare* ; no á henchir con vuestros conocimientos á los demás, sino á desarrollar, á perfeccionar lo que en ellos ha puesto la Providencia divina, desigual, pero sapientísima, justísima, bonísima, en la repartición de sus dones.

No he dicho arte de educar al *niño* ó al *joven*, sino al *hombre*. La criatura racional es siempre capaz de nueva perfección, como que tiene por término una meta á la que nunca se llega, aunque es posible andar hacia ella más y más : la que dijo Cristo á los Apóstoles : *Sed vosotros perfectos como lo es vuestro Padre Celestial*. Al avance nos ayuda siempre quien vaya adelante de nosotros ; y así la educación empieza cuando el niño sale del seno materno ; y aun se trabaja en ella con fruto—los sacerdotes lo sabemos por cotidiana experiencia—un cuarto de hora antes de la muerte.

Educar es *perfeccionar*. La desconsoladora y enteca doctrina sensualista pone el fin de la educación en la felicidad del individuo. ¡ Tanto trabajar para hacer venturoso á un hombre por cincuenta ú ochenta años, que son, en presencia de la eternidad, como el día de ayer que ya pasó ! ¡ y todo para no conseguirlo ! Porque no hay instrucción que despoje al mundo de su carácter de valle de lágrimas. Y ¡ quién sabe si el rústico carbonero de nuestras cañadas orientales no será más feliz que el millonario de las ciudades populosas ! Juan Jacobo Rousseau se esfuerza en demostrar que el hombre es tanto más mísero cuanto más civilizado y culto.

Sois jóvenes ; la vil codicia, el afán de gozar como la bestia, no han logrado atrofiaros el corazón. Todos preferiríais morir, como Colón, pobres y perseguidos, pero después de descubrir la América ; como Cervantes, en la indignancia, pero habiendo escrito el Quijote, más bien que en lecho de plumas y entre riquezas que es forzoso abandonar, después de haber vivido como el perro guardián de vuestra casa, como el caballo que arrastra vuestro *landau* ; comiendo y durmiendo ; y con angustias mortales que no laceran el ánima de los brutos.

El hombre es alma y cuerpo ; y las dos potencias espirituales de nuestro sér son entendimiento y voluntad. De aquí la división acostumbrada de las facultades humanas en físicas, intelectuales y morales, y los tres géneros de educación que á ellas corresponden. Llamar *físico* lo corpóreo solamente es denominación inexacta. La palabra *físico*, del griego *φύσις naturaleza*, tanto debiera aplicarse á las potencias animales como á las del intelecto y la voluntad ; pero ha prevalecido en Didáctica el uso contrario, y, en gracia de la uniformidad, con él me conformo.

Decimos que los tres órdenes de educación han de marchar armónicos y paralelos.

Empezad porque ninguno de los tres puede ser completo sin el cultivo de los otros dos. Prescinda un maestro de la educación física : ¿ qué ciencia ni qué moralidad caben en organismo enfermizo, con cerebro debilitado, con sistema nervioso que, no teniendo músculos que vivificar, se devora á sí propio ? La experiencia médica enseña que no son las personas robustas las más expuestas á los desórdenes sensuales, sino las más débiles y enclenques.

Mas no creáis que, á fuerza de ejercicios corporales, vais á formar varones sanos y esforzados. Si descuidáis la educación moral, el mal á que se inclina el hombre desde su adolescencia, según frase de la Escritura, fortalecido por el hábito, se trocará en vicio ; y los vicios son peores que las enfermedades para la parte física del hombre.

El cultivo del espíritu sin el de los órganos del cuerpo, labró la desgracia de Leopardi, el inspirado vate; la instrucción puesta en poder de un malvado, como arma de fuego en manos de un loco, labra la desgracia del individuo que la posee, y en ocasiones la de la sociedad entera. ¡Cuánto mejor que Voltaire no hubiera poseído el temible dón del sarcasmo! Se habría entretenido en escribir su *Henriada* soporífera y sus tragedias pseudoclásicas, sin daño del prójimo. Entre otras razones, porque nadie las habría leído.

La misma moralidad no es perfecta sin el adorno del entendimiento. El cristiano practica lo que cree, y conoce con el intelecto las verdades que forman su creencia. Un ignorante puede salvar su alma, pero no será jamás un Agustín de Hipona, ni un Isidoro de Sevilla, ni un Anselmo de Cantórbery. Si hay entre los grandes santos algunos rudos en letras y sin embargo apóstoles verdaderos de la humanidad, como San Francisco de Asís, no lo fueron con el entendimiento en tinieblas, sino iluminado sobrenaturalmente por Dios.

En suma: suponiendo al hombre dotado de triple naturaleza, en vez de la única que posee, la educación física sólo formaría gañanes fornidos y esforzados mozos de labor; la intelectual sola, azotes de las naciones; la moral sola, gentes inofensivas, pero no apologistas, y misioneros, y apóstoles.

Mas si han de marchar juntas, no todas tres tienen idéntica importancia. Los materialistas dan la preferencia á la educación física, ó mejor dicho, á ella reducen las otras dos; para los racionalistas, lo primero es el desarrollo intelectual. Nosotros, cristianos y tomistas, damos el puesto de honor á la formación moral del discípulo, que tiende á hacerlo feliz, no en el tiempo sino en la eternidad. *¿Qué aprovecha al hombre, dijo Jesucristo, si ganare el universo entero, pero sufriese detrimento en su alma?* (1). Más no-

ble es la educación intelectual que la física, como es superior el alma espiritual á la materia orgánica. Por lo demás, conocido es el precepto educador del poeta Juvenal: *mens sana in corpore sano*.

Se añade á la definición de Didáctica que la educación dice orden al fin último del hombre. Uno de los caracteres distintivos del sér inteligente consiste en que siempre procede conociendo el fin á que se encamina y procurando conseguirlo. De esta regla no se exceptúa Dios, inteligencia infinita; sólo que EL dirige á cada una de sus criaturas conforme á la naturaleza que le ha dado: fatalmente á los seres destituidos de libertad; dejando obrar á su albedrío al hombre, intelectual y libre. Como en las hechuras de Dios todo es armónico, en cada criatura la naturaleza se conforma con el fin, y las inclinaciones con la naturaleza; y así se puede conocer á dónde debe ir la criatura observando sus apetitos naturales y constantes.

Aunque los hombres andan por senderos diferentes, convienen todos en buscar la felicidad; ninguno deja de ir en pos de ella, aunque discrepan en los medios de alcanzarla. Que la beatitud no consiste en la posesión de las criaturas es verdad de cotidiana experiencia; y en los estudios filosóficos habéis aprendido á explicarla; y en vuestros retiros espirituales la habéis meditado varias veces. Sólo la posesión de Dios en la vida futura llena y sacia un espíritu cuyos anhelos crecen á medida que se van satisfaciendo. Honda sabiduría encierra la máxima cristiana de que fue criado el hombre para conocer, amar y servir á Dios en esta vida, para verle y gozar de EL en la otra.

Los educadores no cristianos asignan otro fin último al hombre, y por lo tanto diferente rumbo á la Didáctica. Ya os hablé del sensualismo utilitario que cree enderezar la educación á la felicidad del hombre en esta vida, y nada más; pero sin conseguir nunca su anhelo. Los socialistas quieren que la educación tenga por fin último la bienandanza, no del individuo, sino de la sociedad

(1) S. Mateo, xvii, 25.

á que pertenece, pero no reflexionan en que, si se prescindiese de Dios, de la ley moral y de la vida futura, no hay razón para que cada uno sacrifique al ajeno el propio bienestar. Por fin pretenden los evolucionistas que la educación se encamine únicamente al perfeccionamiento y ulterior transformación de la especie en otra superior. Mas no habiendo nada más allá de la tumba, ¿qué interés tengo en que la humanidad llegue al ápice de la grandeza cuando haga millares de siglos que esté yo convertido en polvo?

No vayáis á pensar que los católicos excluimos como fines de la educación la felicidad terrena individual y social, el engrandecimiento de la humana especie. La doctrina de Cristo, santificadora del individuo, ha sido madre fecunda de la cultura y el progreso. Sólo que esos fines están subordinados á uno más noble y último: la salvación eterna del hombre, el reino de Dios que pedimos en la oración del *Padrenuestro*.

Si queréis condensar en breve fórmula filosófica fácil de aprender y conservar en la memoria todo lo que os he dicho, la Didáctica tiene por *causa eficiente* al maestro; *material*, al discípulo; *formal*, la educación; *final*, el cielo. Agregad una causa *instrumental*, el método; y una *local*, el instituto docente; y tendréis toda la materia sobre que hablaremos este año.

Como del fin del hombre tratamos largamente en filosofía, dividiremos nuestro estudio en cuatro partes: 1.^a Del maestro; 2.^a Del discípulo; 3.^a Del instituto docente; 4.^a Del método.

Pero antes digamos algo de la nobleza y utilidad de la Didáctica y de las fuentes en que hemos de beber sus enseñanzas.

II

Mídense, amigos míos, la nobleza de una ciencia ó un arte—así os lo ha enseñado nuestro Doctor Angélico—por la de su objeto; y la Didáctica tiene por suyo al hombre, obra maestra de la omnipotencia creadora en el orden vi-

sible; hecho á imagen y semejanza divina, rey de la creación, universo compendiado—*microcosmos*—como lo llamaron los antiguos sabios; porque resume en sí las excelencias de todas las criaturas: existe como el mineral, vive como la planta, siente como el bruto, entiende y ama y quiere libremente como los ángeles del cielo (1).

Y aquí no se trata, como en la Filosofía, de estudiarlo tan sólo, sino de formarlo, de educarlo, de engrandecerlo. Por eso el magisterio confiere á quien dignamente lo ejerce, la regia paternidad del espíritu, tan superior á la del cuerpo cuanto trascienden á los animales sin razón las puras inteligencias que rodean al trono de Dios en las alturas.

Si pasamos de la nobleza á la utilidad de la Didáctica, quedará plenamente comprobada, si entendéis la importancia de la educación para el hombre y la sociedad; si os penetráis de la necesidad de este arte para el educador.

Habemos menester que nos enseñen. Sobre esta verdad pronunció Lacordaire la más famosa, acaso la mejor de sus conferencias en Nuestra Señora de París. Sabéis que no acepto la estrecha doctrina tradicionalista—en parte condenada por la Iglesia—que admite como *único* criterio la revelación primitiva transmitida por la palabra oral. Tomista soy, y por muchos y diversos conductos admito que llega la verdad al entendimiento; pero no desconozco que cada hombre, abandonado á sí propio, no adquiriría sino muy pocas y embrionarias ideas; y que, sin la transmisión del tesoro adquirido por cada generación á la siguiente, el género humano no habría recorrido sino una mínima parte del camino de gloria que ha andado al través de los siglos.

Educar al hombre es desenvolver en él los dones recibidos de Dios, acrecerlo, coronarlo rey del universo; y educar sabiamente la juventud, es asegurar lo porvenir de la sociedad y de la patria.

(1) S. Gregorio Magno. Homilía 29 sobre los Evangelios.

No habéis de forjaros la mentirosa ilusión de que todo joven que reciba buena educación, sea sabio y virtuoso: la Didáctica no puede desenvolver lo que no hay; y el libre albedrío permite al hombre hacer y crear todo lo contrario de lo que le enseñaron. Mas, como la mayoría de los hijos de Adán está naturalmente inclinada á la verdad y el bien, y es dócil á los impulsos del superior, si la educación no salva á todo discípulo, sí á la mejor y mayor parte de ellos; y si no siempre al individuo, casi siempre al conjunto que forma la comunidad.

El valer intelectual de un hombre no se mide por lo que sabe, sino por lo que enseña; y dice Santo Tomás que, así como no llamamos luminoso el cuerpo que no transmite su luz, tampoco debemos llamar sabio á quien no comunique su ciencia á los demás. Si no queréis ser tristes víctimas de engaños, no creáis nunca en la ciencia del que ni habla, ni obra, ni escribe. Los grandes hombres á crédito no han de ser de recibo en vuestra caja.

Todos los genios insignes que cuenta la sabiduría en sus anales han sido maestros; desde los filósofos griegos, que dictaban públicamente sus lecciones, hasta los sabios de nuestros días, que enseñan en la cátedra, el libro ó la revista. *Escolástica* (propia de las escuelas) se llamó la vivífica filosofía de la Edad Media; y hoy, como antes, las universidades no dan á los que concluyen con éxito sus estudios en Derecho, ó Medicina, ó Teología, el título de *sabio*, sino el de *doctor*, como quien dice *enseñador*; ó el de *profesor*, que significa lo mismo; y los grandes músicos: Rosini, Mozart, Wagner, son apellidados *maestros*. El mismo dictado de *doctor* confiere la Iglesia á los sabios y santos que brillan como el sol en los fastos de su historia: Agustín, Juan el Crisóstomo, Tomás de Aquino.

En las naciones más civilizadas, el magisterio está circundado de honor: más importancia tiene en Inglaterra el puesto de Canciller de Oxford que el de Ministro de Estado; y si fuera lícito comparar lo mínimo con lo máximo, os diría que estimo en más la gloria de enseñaros que cual-

quier ascenso, por honroso que fuera, pero que no me pusiera en diario contacto intelectual con la juventud estudiantosa.

Si queréis pasar de lo humano á lo divino, Jesús, Hijo de Dios, Verbo divino, Creador y Señor de todo, Rey del universo, sabiduría infinita, no fue apellidado por sus discípulos sino con el dictado de *Maestro*, nombre que reclamó para sí y de que hizo partícipes á los Apóstoles, al decirles: *Euntes, docete*.

Eso, y muchísimo más que pudiera decirse, es el maestro para la sociedad. Veamos lo que es la Didáctica para el maestro

Va avanzando la humanidad, lenta pero seguramente, á la perfección apetecida. Cada siglo transmite al siguiente su acervo de conocimientos, y el que recibe la herencia gloriosa la aumenta más ó menos. El arte de enseñar no es excepción á esta regla; y lo que hoy sabe el linaje humano en punto á educación es resultado de una acumulación de razonamientos y experimentos realizados durante cuatro ó seis mil años. Gracias á ella, la Didáctica ha llegado hoy casi á la precisión de las ciencias exactas. ¡Y habrá quien pretenda ser maestro, prescindiendo de aquellos preceptos acumulados en sesenta siglos y suplirlos con la estimativa, que nos es común con los brutos, ó discutirlos por sí en diez ó veinte años de práctica!

¿Quién, sin haber manejado un lápiz en su vida, se comprometería á pintar para el museo de Louvre? ¿Cuál, sin conocer el alfabeto, osaría escribir un drama para la *Comedia francesa*?

Sin embargo, ¡cuántos, sin la menor noción de Didáctica, asumen impávidos el oficio augusto de maestros! Y más fácil es pintar, esculpir, versificar, triunfar en la guerra que educar. *Arte de las artes*, dice San Gregorio Magno, *es el régimen de las almas* (1).

(1) Régimen del oficio pastoral Cap I.

Oíd lo que ha sabido acontecer en nuestro país, no en nuestros tiempos, no precisamente en esta capital en que vivimos. Un hombre de buen entendimiento, de conocimientos no vulgares, de conducta intachable, con el fin laudable de ganarse la vida, ó el más noble de servir á su Patria, resuelve hacerse institutor. Un presupuesto, una casa grande en alquiler, un prospecto pomposo, bancas y mesas, tres ó cuatro jóvenes pobres que sirvan de pasantes, una docena de catedráticos de fama, y hágote colegio. El director no se entrega al estudio de obras pedagógicas, no consulta con los veteranos en el arte; cree que bastan el sentido común y los recuerdos de la escuela en que estudió.

Doce horas de trabajo intelectual rinden á los alumnos, la estrechez del local los asfixia, los métodos anticientíficos les tuercen el criterio; el desorden y falta de uniformidad de los estudios les embrollan las ideas, la mala elección de las prácticas piadosas les hace odiar la Religión, el ejercicio inmoderado de la autoridad por parte de los superiores los torna hipócritas ó rebeldes, la falta de equidad en el premio y el castigo les borra la noción de la justicia.

Al cabo de los pocos años, oiréis al maestro quejarse de lo duro, de lo insoportable de su oficio; de la ingratitud de sus discípulos para con él. Cierto: duro es mover á pulso una máquina en que los dientes de las ruedas no casan entre sí. Mala es la ingratitud, pero disculpable en parte, cuando el agraciado no conserva sino penosas memorias del beneficio recibido. Los dentistas que no ponen anestésico hacen un beneficio, pero no dejan gratos recuerdos en los niños.

No digo que ese maestro no enseñara, no afirmo que su labor fuera de todo estéril; sólo creo que, con la mitad del esfuerzo, ayudado por buenos estudios didácticos, habría cosechado centuplicado fruto.

Pasemos ahora á conocer las fuentes de donde nuestro arte deriva sus enseñanzas y preceptos. Arte y ciencia jun-

tamente es la Didáctica, y, por uno y otro motivo, se rige por la experiencia y la razón.

Esta última se ayuda del estudio de varias ciencias que tienen al hombre por objeto: unas estudian el cuerpo, otras el alma; otras las relaciones entre ambos. Las que explican el organismo humano y auxilian á la Didáctica, son la *Anatomía* que investiga el número, estructura, situación y relaciones de los órganos; la *Fisiología*, que tiene por objeto el estudio de las funciones de los mismos; la *Higiene*, que se ocupa en los medios de conservar la salud corporal.

Las ciencias que versan sobre el alma humana y sus relaciones con el cuerpo, reciben diversos nombres, según las diferentes escuelas filosóficas; y así, los *idealistas*, para quienes el hombre es el alma sola unida accidentalmente á la materia, llaman *Psicología* (discurso sobre el alma), lo que los *sensualistas* apellidan *Biología* (estudio de la vida) y los *tomistas* conocemos con el nombre de *Antropología*, tratado del *hombre*, no espíritu puro, no materia sola, sino compuesto substancial de uno y otra.

El educar es arte, y todo arte es incompleto si no junta la experiencia á la razón. Os habéis de valer de la experiencia ajena y de la propia. Ya dijimos los tesoros que la humanidad ha recogido en su duración sesenta ó más veces secular, y encontraréis todas esas riquezas en las obras de los grandes educadores, antiguos y recientes. Conviene elegir entre ellos los de mejores doctrinas filosóficas y religiosas; en igualdad de mérito intrínseco, á los más modernos; y prestar mayor crédito á los que han ejercido personalmente el magisterio.

A la experiencia ajena adquirida con el estudio de los libros, con la visita á los mejores colegios europeos—bien sabéis que esta fuente de instrucción me falta por entero,—es preciso agregar la propia experiencia; pero no la indocta, la rutinera, que puede definirse “hábito de hacer fácilmente unos mismos disparates,” sino la vivificada por la razón y el estudio. Se requiere la experiencia per-

sonal, porque la Didáctica, inmutable y fija en sus leyes, muda infinitamente al aplicarlas, según el país, la raza, el clima, las costumbres y hasta la estructura del local.

Por olvidar esta regla, se han cometido en nuestro país muchos yerros. Hánse querido establecer los reglamentos de pormenor que rigen en Suiza y en Alemania, y el resultado ha sido desastroso. Admiro la educación superior inglesa; creo conocerla, y estaría pronto á implantarla en el Rosario. Pero necesitaría la constitución política de la Gran Bretaña, las leyes que allá rigen, costumbres anglo-sajonas, el idioma de los insulares, el clima de aquella zona, la riqueza de aquel país; y, sobre todo, discípulos ingleses. No es poco lo que nos falta para convertirnos en *Christ-College*.

En suma: la ciencia, sin práctica, forma maestros idealistas y soñadores; la experiencia sola, preceptores empíricos; la unión de entrambos elementos, el educador perfecto. A llegar á serlo debéis encaminar todas vuestras aspiraciones y vuestros esfuerzos generosos.

Actos Oficiales del Colegio

*Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario—Número
3—Bogotá, 3 de Marzo de 1905*

Sr. Ministro del Tesoro

Por orden y en nombre de la Consiliatura del Colegio que tengo la honra de presidir, con el mayor respeto expongo á usted lo que sigue:

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario fue dotado por su egregio Fundador de capitales y rentas suficientes para asegurarle, en todo tiempo, no sólo decorosa sino magnífica existencia. Si hoy conservara las fincas y los censos que le dejaron su Fundador y sus primeros hijos, tendría con qué ser la primera Universidad de la América latina.